

EL MONSTRUO, EL NOBLE, EL SHERIFF Y LA CURIOSA HISTORIA DE UNA EXPEDICIÓN A LOS LAGOS DEL SUR

EDUARDO P. TONNI^(*), MARIANO BOND^(**) Y RICARDO C. PASQUALI^(***)

Las tazas de porcelana frágil pasaban de mano en mano... en tanto caía la tarde y los gritos de los animales vecinos intensificaban la ilusión de la selva. Quizá entre ellos, anduviera la sombra del plesiosaurio inalcanzable.

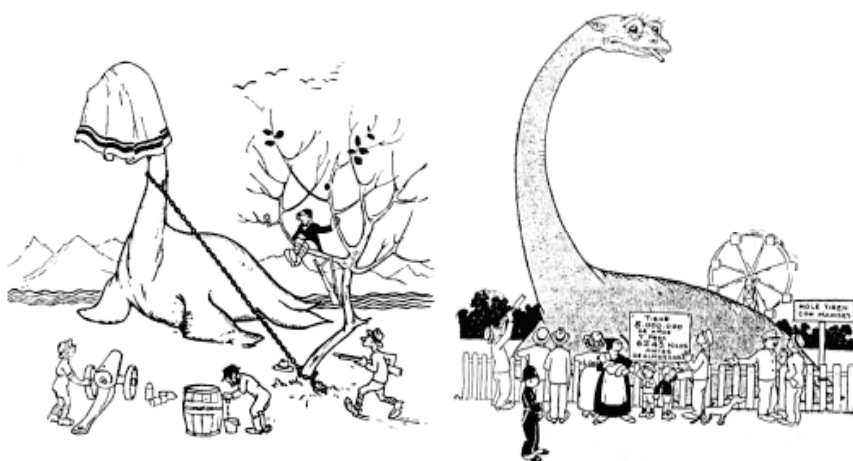
Manuel Mujica Lainez
"Los tés del Zoológico"

Un jueves 23 de marzo de 1922 por la noche, partía desde la estación Constitución del Ferrocarril del Sur (luego F.G. J.A. Roca) una expedición que tenía como destino la región de los lagos de la cordillera patagónica. El grupo estaba al mando del ingeniero Emilio Frey e incluía a Alberto Merkle, taxidermista del Museo de La Plata; a José Cinaghi y Santiago Andueza, administrador-cazador y experto tirador, respectivamente, del Jardín Zoológico de Buenos Aires; y a un periodista independiente, el doctor A. Vaccari, quien enviaba sus colaboraciones a la revista "Caras y Caretas". Algunas versiones citan un segundo periodista, el señor Estrella, en representación de la Associated Press, pero no hemos podido corroborar su presencia, al menos en forma continua. La expedición había sido organizada por Clemente Onelli, entonces director del Jardín Zoológico de Buenos Aires.

El Monstruo

En un relato que publicara el diario "La Nación" al día siguiente de la partida, el mismo Onelli da cuenta del equipo de los expedicionarios. "No supera los quinientos kilos, de los

cuales 40 pesa el motorcito a nafta de tres caballos [que] ... será aplicado a las balsas que se construyan..." "La expedición lleva sondas, garcias de pesca, arpones y redes..." "... han sido enviados antes dos cajones de dinamita." "Van armados de



Dos dibujos caricaturescos referidos al plesiosaurio publicados por "La Nación" el 16 de marzo de 1922 junto a una nota titulada La caza del plesiosaurio. Esta nota apareció pocos días antes de la partida de la expedición. En el primer dibujo, el barril lleva la leyenda "Cloroformo", mientras que en el segundo, un cartel aclara que el plesiosaurio (¡con un cigarrillo en su boca, orejas y pestañas!) tiene "8.000.000 de años y pesa 6243 kilos antes de almorzar" y otro cartel pide que "No le tiren con manises".

fusiles... que los británicos llaman 'elephant-gun'. Llevan también reflectores, grandes pistolas alemanas para disparar en el aire potentes cohetes de luz." "El taxidermista va pertrechado de toda la instrumentación... entre la que sobresale como un cañón Ghotá la enorme jeringa para inyectar formol..." (aclaración: el Ghotá era un nombre popular para un enorme cañón usado por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial).

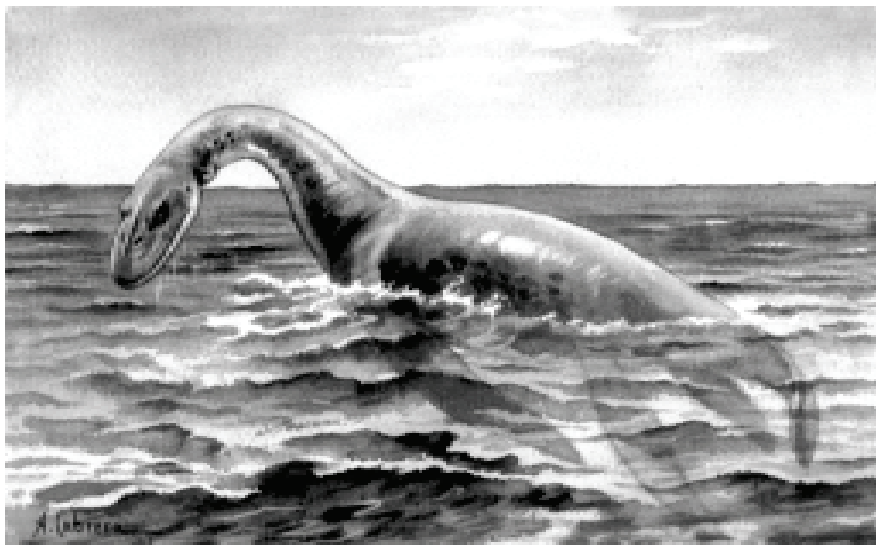
Pero, ¿cuál era la misión de este grupo pertrechado de esa forma? Titula "La Nación" en la página 5 de su edición del 24 de marzo de 1922: "La expedición en busca del monstruo pata-gónico partió anoche". En su número 1226 del 1° de abril de ese año, "Caras y Caretas" había clasificado al

Ciertamente, la búsqueda de un "monstruo" desconocido por parte de profesionales y científicos no parece un hecho racional, aun ochenta años atrás. Pero que el "monstruo" sea identificado como un plesiosaurio torna al caso en una costosa broma pesada. La ciencia de entonces ya conocía que los plesiosaurios habían sido reptiles marinos que se extinguieron al finalizar la Era Mesozoica (unos 65 millones de años atrás) y la posibilidad de su supervivencia en nuestra Patagonia no parecía ser algo para ser considerado seriamente. Así, al ser interrogado por los periodistas don Carlos Ameghino, hermano de Florentino (fallecido en 1911) y por entonces Jefe de la Sección Paleontología y también Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Ber-

puñera ser ¡una anaconda! Entre opiniones tan dispares, bueno es ver qué dice el propio Onelli.

En las páginas 153 a 155 del tomo 18, segunda época, de la Revista Cultural del Jardín Zoológico de Buenos Aires (año 1922), se publica una nota de Onelli titulada *El mamífero misterioso*. En dicha nota le responde a la Sociedad Protectora de Animales, que había interpuesto pedidos para evitar la captura y muerte del supuesto plesiosaurio. Dice allí, refiriéndose a las personas que piden por la vida del plesiosaurio, "... todos, a decir verdad, profundamente ignorantes hasta de los principios más vulgares de la paleontología, pues se pide dejar con vida a un plesiosaurio que vivió en el hemisferio norte en los cálidos mares de la época cretácea y jurásica y que, según algunos, ese único ejemplar superviviente de una especie que vivió hace millones de siglos, se ha venido quizás por agua, quizás por tierra, probablemente por vía aérea, a meterse en un bacinete de agua dulce y helada de la Patagonia austral." Queda claro que no es un plesiosaurio el objeto de búsqueda y que la misma estaba centrada en un "mamífero misterioso".

Retornando a "La Nación" del 24 de marzo, encontramos algunas precisiones. Dice allí Onelli que "El objeto principal de la expedición... es de comprobar, por todos los medios posibles y hasta con abnegación y sacrificios, la existencia posible de un animal desaparecido en tiempos prehistóricos, probablemente un desdentado muy afín, si no es el mismo, al Criptoterio doméstico, cuyos excrementos y cuero reseco y huesos fueron encontrados en el año 1898 en la cueva de la estancia Eberhart, en el Seno de la Última Esperanza..." Ya no quedan lugar a dudas. La expedición fue mon-

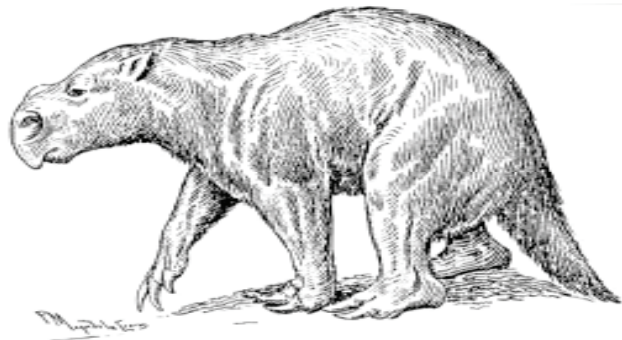


Aspecto en vida del plesiosaurio *Aristonectes*; según una acuarela de Ángel Cabrera.

monstruo como un plesiosaurio. Había tomado estado público la leyenda o mito que en nuestros días adquiere el mediático nombre de "Nahuelito". De hecho, al arribar la expedición al entonces "pueblerino" San Carlos de Bariloche, fue recibida por un contingente carnavalesco con una carroza que representaba a un plesiosaurio.

nardino Rivadavia" de Buenos Aires, respondió secamente que él sólo se ocupaba de asuntos "serios". En el exterior donde la noticia ya había trascendido, varios medios se mostraban escépticos ante la posibilidad y F.B. Loomis, un paleontólogo norteamericano manifestaba la opinión, no menos exótica, que el animal buscado

tada para buscar al esquivo milodón o criptoterio (mamífero oculto o misterioso), un representante extinto del orden de los xenartros. Ya no quedan lugar a dudas. La expedición fue montada para buscar al esquivo milodón o criptoterio (mamífero oculto o misterioso), un representante extinto del orden de los xenartros (o edentados o desdentados), perte-



Aspecto en vida de Mylodon; según un dibujo de Paul Magne de la Croix publicado por Rusconi en su libro *Animales extinguidos de Mendoza y de la Argentina*.

neciente al género *Mylodon* que habitó en el extremo sur patagónico hasta hace unos 11 mil años. Es interesante señalar que uno de los nombres científicos aplicados a este perezoso extinto fue *Grypotherium domesticum*, nombre que puede haberse transformado para la prensa en crip-toterio o sea “mamífero misterioso”, una confusión más en esta historia. El estado de conservación de los primeros restos descubiertos, a los que alude Onelli, así como leyendas indígenas, llevaron a varios científicos de la época, entre los que se destaca Florentino Ameghino, a suponer que el mismo habitaba aún en áreas remotas de la región patagónica. De la misma idea participaron investigadores y expedicionarios extranjeros, como el antes mencionado geólogo y paleontólogo estadounidense Frederik B. Loomis, del Amherst College, o el británico Hesketh Prichard, quien dirigió la expedición financiada por sir Arthur Pearson. A pesar de esto, la búsqueda

queda infructuosa de un milodón vivo había terminado por hacer aceptar a la mayoría de los científicos el hecho de que tal animal se había extinguido hacía por lo menos más de 8000 años.

Pero, ¿por qué entonces el plesiosaurio y no el milodón se instaló en la imaginación popular? Volvamos a las fuentes.

En la ya mencionada nota de la Revista Cultural del Jardín Zoológico, Onelli lo aclara. Se refiere a la carta que le enviara un tal Martín Sheffield, aventurero estadounidense radicado en la región de los lagos, donde éste le “pedía apoyo material para poder capturar

un animal: yo declaraba que la versión fantástica y de profano parecía apuntar a la silueta de un enorme plesiosaurio”. Más adelante, Onelli dice que “Esta última palabra gustó... Además, los Argos de la prensa norteamericana que vigilan todo el mundo y que telegrafían al universo entero los estornudos de Lloyd George... gustaron mucho que de un país desde donde pocas son las fantasías que pueden comunicarse al mundo, circulara una...” “Tomar de frente a la opinión pública era demostrar muy poco sentido práctico y enfriar los entusiasmos...” “Tomé el camino intermedio... dije que plesiosaurio era un pseudónimo con el que se había revelado al mundo un gran desdentado, al que, pareciéndole poco pergamino descender de la época cuaternaria y no de la jurásica... se hacía llamar con ese nombre ampuloso, cuando tan sólo era el enorme criptoterio”.

Al respecto, años después (1935) diría el zoólogo español radicado

en la Argentina, Ángel Cabrera, “... hizo [Onelli] correr la voz de que se había visto un plesiosaurio vivo en uno de los lagos de los Andes, y solicitó fondos para ir a buscarlo. Cuando se trata de llevar a cabo una expedición científica seria, es muy difícil conseguir que nadie dé dinero para sufragar los gastos; pero en cuanto se trata de algo maravilloso, la cuestión varía. En el mundo hay muchas personas que parecen serias y que, sin embargo, creen en los cuentos como si fueran niños chicos; de modo que al naturalista en cuestión no le fue difícil conseguir dinero y llevar a cabo su expedición”. Todavía más tarde (en 1967), el paleontólogo *amateur* Carlos Rusconi tendría una opinión similar, cuando dice “... que don Clemente Onelli hizo creer en la existencia de un saurio... Pero él habría buscado ese móvil con el fin de poder recaudar dineros para realizar una expedición en procura de ciertos animales de la fauna actual.”

Sean cuales fueren las verdaderas intenciones de don Clemente, el plesiosaurio desplazó al milodón. El mito de las serpientes marinas se trasladó desde la vieja Europa al nuevo continente, se transformó y se adaptó a un nuevo ambiente, el lacustre. Pocos años después retornaría al Viejo Mundo haciendo resucitar la vieja leyenda escocesa reencarnada en el taquillero “monstruo” de Loch Ness (“Nessie”), que desde comienzos de la década de 1930 es objeto de casi continuos “avistajes” y de expediciones en su búsqueda.

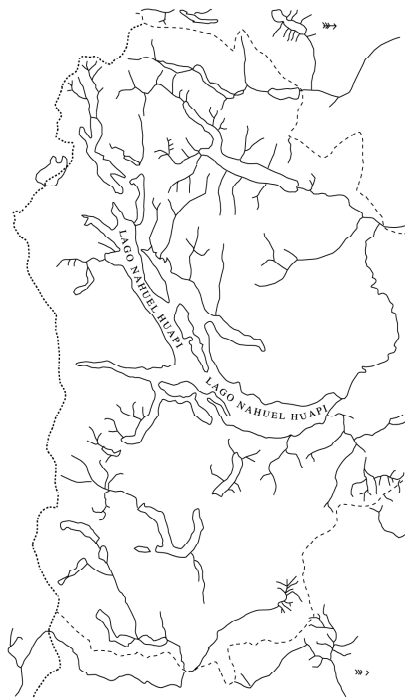
Un resultado previsible

Hacia comienzos de mayo de 1922, la expedición regresaba. Sin el “ser misterioso” de la Patagonia pero con un gran caudal de información y colecciones de material arqueológico, paleon-

tológico, plantas y animales, especialmente insectos, sobre los que había puesto especial énfasis Alberto Merkle, más un conjunto de ejemplares para el Jardín Zoológico de Buenos Aires. Los plesiosaurios reaparecerían en la Patagonia pocos años después pero como era lógico, extintos a través de restos fósiles descritos por A. Cabrera. Una consecuencia indirecta de este viaje y no menos importante es la creación del Gran Parque Nacional del Sur, un producto impensado, generado en gran parte por el interés que despertó la expedición y sus objetivos. Ciertamente, Onelli sentía una fuerte atracción por la Patagonia, gestada ya en su mente de joven inmigrante en busca de aventuras. Atracción que se acrecentó cuando le tocó actuar en la Comisión de Límites y que muy probablemente quiso dejar cristalizada y transmitir al gran público, aprovechando la oportunidad que le brindaba un singular personaje estadounidense.

La misión concluyó, el plesiosaurio, milodón o el animal prehistórico que se le hubiera ocurrido a Onelli, no fue cazado, ni siquiera avistado y el informante principal, Martín Sheffield tampoco contactado ya que no fue hallado por la expedición. En suma, el monstruo como otros personajes se había esfumado. La búsqueda y la expedición habían concluido y si bien hubo una serie de incidentes menores, no es éste el lugar para detallar un conjunto de hechos acaecidos con motivo de la misma y que sólo hemos esbozado. Sólo permítasenos señalar una consecuencia de esta expedición muy singular y que se halla registrada: con el número 28.596 de SADAIC, el tango “El Plesiosáuro” (con acento en la a) de un tal C. Marchal.

No era un plesiosaurio el motivo de los desvelos de la expedición, y quizá tampoco lo fuera el “ma-



Mapa esquemático del área abarcada por el “Parque Nacional del Sur”, publicado en “La Nación” del 16 de abril de 1922.

mífero misterioso”, sino sólo una excusa para reconocer el área e integrarla al conocimiento de la sociedad toda. Y aunque éste no haya sido el objetivo real, el resultado a través del tiempo lo justificó.

El plesiosaurio terminó sepultando en el olvido al pesado milodón (o criptoterio, al decir de Onelli) y llevándolo definitivamente junto a sus demás parientes extintos. La pequeña laguna del Hoyo de Epuyén, donde lo había “avistado” Sheffield, cedió su lugar al magnífico lago Nahuel Huapi. Allí, después de mucho tiempo el supuesto movimiento de un cuerpo desconocido en el agua y muy probablemente el recuerdo de la vieja expedición, sumada al de la carroza con el plesiosaurio revivieron el recuerdo del monstruo desaparecido. Así, de acuerdo a los medios periodísticos, “Nahuelito” “posó” para una fotografía en diciembre de 1986 y para un video en febrero de 1988. Fueron sus últimas apariciones “registradas”, aunque tuvo otros probables com-

petidores en el lago Pueyrredón, según lo comenta Rusconi a través de los testimonios de Alfredo Sepúlveda, Enrique Schneider y Ricardo König.

Hasta el presente logró evitar el destino que quizá le tenía preparado quien lo sacó del anonimato: una jaula en el Jardín Zoológico de Buenos Aires.

Vayamos ahora al encuentro de los actores más importantes de esta historia.

Los protagonistas

Clemente Onelli (El Noble)

“... yo no tenía oídos más que para aquel caballero macizo y sanguíneo, que hablaba una mezcla de español y de italiano y que contaba maravillas acerca de las expediciones realizadas por el perito Moreno.” Así describía Manuel Mujica Lainez a Clemente Onelli, el organizador de la expedición al Sur.

Clemente Onelli nació en Roma, Italia, en 1864. Era nieto del conde Guido Onelli, por lo que recibió una educación acorde con su noble cuna.

Como en muchos otros casos, el joven Onelli se encargó de dilapidar la fortuna familiar, hecho lo cual decide embarcarse para el Nuevo Mundo. Llega a la Argentina en 1888, en gran parte con la esperanza de aventuras en la lejana e ignota Patagonia. Con documentación del Museo Romano della Sapienza que lo acredita para obtener colecciones de animales, se presenta al director del Museo de La Plata, el perito Francisco P. Moreno. Viendo en él a un joven emprendedor y con amplia cultura, Moreno lo emplea y, a los pocos meses de haber llegado a América, comienza a tener cuerpo su sueño de conocer la Patagonia.

Como señalan Fernández Balboa y Aquilanti en una nota publicada en 2002, para su primer

viaje Onelli contrató como baqueano a Monsieur Poivre, quien por ese entonces se hallaba preso en Punta Arenas por haber sido uno de los guerreros del auto-proclamado Rey de la Araucanía y la Patagonia, el francés Orellie Antoine de Tounens. Durante ese viaje reúne Onelli una discreta colección de fósiles, piezas arqueológicas y esqueletos de indígenas, al tiempo que aprende a hablar el tehuelche y el araucano.

Al regreso de su viaje, deja el empleo en el Museo de La Plata y se enfrasca en la función de periodista, logrando que varios benefactores porteños le financien un nuevo viaje al sur: la cuestión de los límites con Chile es el tema candente del momento. Moreno es nombrado perito de la Comisión de Límites y llama nuevamente a colaborar con él al inquieto romano.

El esfuerzo y los sacrificios que significó la demarcación de los límites cordilleranos es una tarea poco conocida por los argentinos. Cuenta Onelli que en tres veranos se descubrieron más de setenta lagos, murieron once personas en los rápidos del Futaleufú, y que varios hombres volvieron a sus hogares sin un brazo, sin un pie, sin una mano, a causa del congelamiento. Según Fernández Balboa y Aquilanti, una anécdota que cuenta Julio A. Roca a través de una entrevista realizada en Punta Arenas pone en valor la tarea realizada: *“Uno de los episodios más curiosos relacionados con la existencia de dos líneas divisorias de aguas en la Patagonia, es el referido al río Fénix. Moreno encargó a don Clemente Onelli que hiciera lo que él llamaba ‘una travesura’: con una cuadrilla de peones consiguió en pocos días que las aguas del río Fénix dejaran de dirigirse al Pacífico y fueran a engrosar el caudal del río Deseado, es decir, que una escueta labor humana, hizo cam-*

biar la pendiente de un río. Esta maniobra dio lugar a una protesta del plenipotenciario chileno, pero sirvió en su momento para demostrar la vulnerabilidad de la tesis sostenida por el país trasandino.”

En 1904, el presidente Julio A. Roca designa a Onelli al frente de la Oficina de Tierras, organismo que tenía dedicado a impulsar la colonización de la región patagónica. En el mismo año le ofrece la dirección del Jardín Zoológico de Buenos Aires, cargo que Onelli acepta y desempeñará hasta su muerte. Durante su gestión, el Zoológico se moderniza, tomando como modelo a instituciones similares de Europa. Impulsa la reaparición de la “Revista del Jardín Zoológico”, publicación que recoge importantes trabajos científicos, especialmente sobre zoología.

Onelli no era un improvisado en temas científicos. Como prueba de ello basta mencionar que en 1905 la imprenta M. Biedma de Buenos Aires publica sus *Nociones de Geología*, manual que le valió la obtención de cargos docentes en geología y mineralogía. En 1921, el Círculo Médico Argentino y el Centro de Estudiantes de Medicina de Buenos Aires dan a conocer su trabajo *Los microbios del corazón*.

En abril de 1922, cuando la expedición en busca del “mamífero misterioso” estaba en plena actividad, el ministro de relaciones exteriores de Hipólito Yrigoyen, el Dr. Honorio Pueyrredón, le encarga a Onelli la implementación del Gran Parque Nacional del Sur, que constituirá la base del sistema de Parques Nacionales de la Argentina. Onelli reclama la presencia de Frey desde el sur, y juntos preparan los datos para la firma del decreto que determina la existencia de dicho parque. En una nota publicada en la edición de “La

Nación” del 16 de abril de 1922, Onelli relata de manera amena su participación y la de Frey en este proyecto, hace referencia a la expedición que busca al “ser misterioso” e incluye un plano de la región destinada a parque. El ingeniero Frey es designado como “encargado de la vigilancia y dirección del gran parque”.

Clemente Onelli muere en Buenos Aires en octubre de 1924, estando en funciones como director del Jardín Zoológico y cuando regresaba de comprar comida para los animales, sus “pensionistas”.

Martín Sheffield (El Sheriff)

Otro de los protagonistas de esta historia es Martín Sheffield. Era estadounidense, tejano para más datos, aventurero y –entre otras actividades– buscador de oro en la lejana Patagonia. Había sentado sus reales allí en algún momento hacia fines del siglo XIX. Según algunos relatos era un ex sheriff, dato quizá inferido del hecho de que gustaba mostrarse con una placa que lo acreditaba como tal. Según relata Onelli en “Caras y Caretas” (n° 1224 del 18 de marzo de 1922), “... cuando lo conocí en el año 98 o 99 era todavía joven... de unos 30 años”. Se dice que llegó a nuestras tierras tras la pista de dos “famosos” connacionales, los bandidos Buch Cassidy (nacido en Utah en 1866 como Robert Leroy Parker) y el Sundance Kid (nacido en Pennsylvania en 1867 como Harry Alonzo Longabaugh). Pero la versión no parece verosímil dado que los citados delincuentes arribaron a Buenos Aires en 1901, a no ser que Onelli equivoque el año de su encuentro con Sheffield.

Sigue Onelli con el relato sobre el aspecto y la personalidad de Sheffield. “Era un hombre... más bien alto y grueso; no lleva-

ba breach sino bombachas criollas; calzaba botas de cuero claro...". "Llevaba un saco de cuero del diablo o cordero y color kaki... tenía bigote rubio y caído y llevaba en la cabeza un casco inglés de corcho". "En el tirador llevaba un enorme revólver al estilo de los cow-boys y tenía la peligrosa manía de despedirse de sus visitantes cuando ya había montado a caballo, descargando su revólver entre las patas del animal... sin jamás tocarlo". Comenta también Onelli que "Su cara era muy encendida (hay que suponer que por el sol y los vientos patagónicos)...". Esta fina ironía parece hacer referencia a los hábitos del ex sheriff, puesto que en otra ocasión, dice Onelli "He descartado de su relato todo lo que pueda ser producto de su fantasía excitada y exagerada [la de Sheffield con relación al "ser misterioso"] por los mirajes nocturnos o por otras causas" (La Nación, 24 de marzo de 1922).

Pues bien, es este personaje el que remite a Onelli una carta fechada en Esquel el 19 de enero de 1922, dando cuenta del avistaje de un "animal hasta ahora ignorado del mundo". Dice allí que "he podido apereibir en medio de la laguna un animal enorme con cabeza parecida a un cisne de formas descomunales, y el movimiento del agua me hace suponer un cuerpo de cocodrilo". Ciertamente esta es una descripción en la que bien puede encuadrar la figura de un plesiosaurio, ya conocidos a través de representaciones realistas realizadas por el inglés Thomas Hawkins entre 1834 y 1840. Ya comentamos las derivaciones que tuvo la supuesta identidad del supuesto animal con un plesiosaurio.

No hay muchos más datos interesantes acerca de este Sheffield. Quizá el último sea que la expedición enviada por

Onelli nunca pudo tomar contacto con él; se transformó en un ser tan elusivo como el "misterioso mamífero". Sea lo que fuere, tiene ganado un lugar de privilegio en esta historia.

Dos protagonistas más

Un tercer protagonista es el jefe de la expedición, el ingeniero Emilio Frey, un argentino educado en Suiza. Prestó importantes servicios en el reconocimiento de la región cordillerana austral, siendo un eficaz colaborador del perito Moreno en la cuestión de demarcación de límites con Chile. Como señalamos, fue el primer encargado del Parque Nacional del Sur, creado en 1922. Cuando a través de la ley 12.103, promulgada en octubre de 1934 por el presidente Justo, se crea la dirección de Parques Nacionales y recibe su actual denominación el Parque Nacional Nahuel Huapi, el ingeniero Frey se constituye en su primer intendente. Fue cofundador, junto con Juan J. Neumeyer, Otto Meiling y Reynaldo Knapp, del Club Andino Bariloche.

El cuarto protagonista, el taxidermista Alberto Merkle, integra en 1916 el personal del Museo de La Plata con el cargo de naturalista viajero; en 1920 figura como taxidermista y desde 1931 hasta la década de 1940 desempeña las funciones de Jefe de Taxidermia. Su personalidad es puesta de manifiesto en un relato risueño del periodista Vaccari; dice éste que habiéndose enterado Merkle de la presencia de cóndores en la zona que visitaban, exclama: "Se puede cazar... Yo me ata... Ustedes tienen firma la sogá, ¿no?... Yo baja despacio, ¿no?... ¡Muy interesante!", y continúa "Debido a la prudencia empleada hasta ahora, nadie de nosotros se ha roto la crisma

todavía, pero parece que está escrito que alguno debe sufrir el martirio en aras de la ciencia" ("Caras y Caretas", n° 1232 del 13 de mayo de 1922).

Agradecimientos

A Zulma B. de Gasparini por la noticia sobre la fotografía de la carroza carnavalesca de 1922 que inspiró esta nota, y por la información acerca de la historia de los descubrimientos de plesiosaurios.

*División Paleontología Vertebrados, Museo de La Plata; investigador de la CICPBA.
eptonni@museo.fcnym.unlp.edu.ar

** Ibid., investigador del CONICET.

***Universidad CAECE.

Lecturas sugeridas

Cabrera, A. 1935. Animales extinguidos. Espasa Calpe, Madrid, 94 pp.

Fasano, H. L. 2002. Perito Francisco Pascasio Moreno - Un héroe civil. Fundación Museo de La Plata "Francisco P. Moreno", 215 pp., La Plata.

Riviére, R.A. 1965. El más formidable de todos. Diario "La Nación", diciembre de 1965, Buenos Aires.

Rusconi, C. 1967. Animales extinguidos de Mendoza y de la Argentina. Edición oficial del Gobierno de la provincia de Mendoza, 489 pp.